

JAIME LABASTIDA  
ESTÉTICA DEL PELIGRO



## ÍNDICE

Advertencia	5
PRELUDIO	
LA MILITANCIA DE LA RAZÓN	7
Conversación con Jaime Labastida <i>por</i> Roberto García Bonilla	9
I. ALLEGRO	
EL MARXISMO EN PERSPECTIVA	41
Las condiciones de la producción de conceptos en el campo del marxismo	43
Marx, hoy	49
La corta marcha del marxismo mexicano	55
Marx y el fin de la filosofía	60
Marx y la crítica de la religión	69
El paraíso, Luzbel y el marxismo	76
Marx: Ciencia y Economía política	81
Por una estética científica	102
El objeto de la historia	119
Marx y el tercer mundo	135
Althusser y los <i>Manuscritos de 1844</i>	150
Althusser y el método marxista	168
Marx y sus exégetas	183
II. INTERLUDIO	
Democracia y error	191
III. ANDANTE	
HISTORIA E IDEOLOGÍA	203
América: migración, identidad y diferencia	205
Una breve comparación entre las mitologías náhuatl e incaica	211

Unidad y diferencia entre las Américas	220
Identidad y unidad latinoamericana	224
Centroamérica y Estados Unidos:	
insurgencia y mesianismo despótico	231
El desperdicio como función económica	237
Brasil, política y cultura	242
La realidad latinoamericana: riqueza y variedad de enfoques	246
Identidad, lenguaje y desarrollo	254
IV. ADAGIO	
MÉXICO AYER Y HOY	267
Campo-ciudad: ovejas que comen hombres	269
Seis sexenios y un mito, seis mitos y un sexenio	285
La ideología mexicana	305
Zapata, carne de maíz	316
Ah, la historia de México	323
México y Quebec ante el desafío estadounidense	331
Los chicanos, minoría nacional y opresión	340
Noticia	345
V. CODA	
MÉXICO OTRA VEZ	347
Algunas reflexiones sobre el País del Centro	349
Humboldt en la Nueva España	358
Dos momentos de la modernización filosófica en Nueva España	388
Una visión crítica de México y su historia	399
Índice de nombres	415

---

## ADVERTENCIA

---

¿Puede caracterizarse a la política como una estética, aún más, como una estética del riesgo, la aventura, el peligro? ¿Por qué no?

Se ha dicho que en la ciencia hay principios estéticos; que un teorema, una ley, una teoría, rigurosos, simples, exactos —lo mismo que una bella incisión de cirugía— pueden ser considerados como estéticamente impecables.

La política implica la acción, el intento de alterar el orden existente, la inconformidad casi siempre de origen ético frente a la realidad, acaso, ¿por qué no?, la insatisfacción estética ante el mundo circundante. “Todo lo que existe, merece perecer”, dijo Federico Engels. Y Rubén Darío, con palabras no menos implacables, afirmó que detestaba la vida y el tiempo en que le tocó nacer.

También el político revolucionario detesta la vida y el tiempo en que le tocó nacer; por eso busca construir un mundo distinto, erigido sobre los escombros del antiguo. Un mundo nuevo, que se asiente en principios estéticos y revolucionarios. Esto ¿es posible? Y si, una vez logrado ese mundo nuevo, ¿se convirtiera en un obstáculo? ¿Qué sucede si la esperanza se transforma en hielo? Las utopías, una vez que pisan el terreno de la realidad, se convierten, en no pocas ocasiones, en lo contrario de sí mismas. El paraíso anhelado se vuelve una imagen del infierno. El trabajo recomienza.

Así, pues, un anhelo estético de justicia, no menos que un afán de belleza, mueve al revolucionario, a todo aquel que desea cambiar el mundo. Para cambiar el mundo, un mundo lleno de horror y de miseria, hay que someterlo a crisis, uno mismo tiene que entrar en peligro, correr el riesgo. “Solamente arriesgando la vida se mantiene la libertad”, afirma Hegel, y con razón. El siervo “siente miedo de la muerte”, ese señor absoluto; prefiere vivir como siervo, antes que arriesgar su vida en la lucha.

Poner en riesgo la vida significa también una intensa búsqueda de belleza. El revolucionario ama la vida, no desea morir, pero no quiere la vida a cualquier precio. Así dibuja su vida desde la muerte. Por eso hay una estética de la acción y del peligro. Una estética impura, una estética que se resuelve en actos, que busca edificar estéticamente un mundo nuevo. Porque en el principio fue la acción, hermana mayor del verbo. En este libro se

recogen ensayos de diversa densidad teórica, unidos todos, sin embargo, por el común denominador que el título indica. He fundido en él dos libros anteriores: *Marx hoy* (Grijalbo, México, 1983) y *Estética del peligro* (Grijalbo, México, 1985). He suprimido algunos ensayos de orden circunstancial, añadido varios más y corregido las erratas evidentes.

El primero de estos ensayos fue escrito hace más de cuarenta años; el último, apenas ayer. Pese a que en algunos aspectos mis ideas han cambiado (se han afinado, precisado y matizado), no he alterado, sino por razones de estilo, los textos, y eso en proporciones escasas.

Jaime Labastida  
Ciudad de México, mayo de 1983  
septiembre de 1985  
septiembre de 2008

---

## CONVERSACIÓN CON JAIME LABASTIDA

---

por Roberto García Bonilla

---

### Militancia y creación

—¿Cuáles han sido los momentos más importantes de tu militancia política?

—Mi militancia fue, sobre todo, de carácter teórico, porque yo milité en una organización muy pequeña hacia 1960. Era una organización, básicamente, de intelectuales, donde estaban José Revueltas, Eduardo Lizalde, yo mismo, que se dedicaba a estudiar. Ahí empecé a leer de manera sistemática *El capital*. Y eso me abrió mucho los ojos desde el punto de vista intelectual. Pero eso terminó entre 1963 y 1964 cuando hubo una ruptura muy fuerte —por diferencias ideológicas— con una persona a quien yo quise muchísimo, que fue José Revueltas (1914-1976). Él era partidario de la posición soviética y había otros miembros de la Liga Espartaco, partidarios de la posición China. Yo no era partidario de ninguna de las dos; no me pareció la manera en que manejaba el asunto José Revueltas que quería imponer su punto de vista a todos los demás. Y desde ese momento, empecé a ver otras deformaciones en las personas y cómo muchas ambiciones de orden político personal eran disfrazadas de grandes ideas. Aquí vino una desilusión muy grande.

Luego, en el año sesenta y seis, yo vivía en Morelia y era el presidente de la Federación de profesores; el ejército entró en la Universidad Michoacana, hecho conocido por todos y yo pude escapar de ser aprehendido por una serie de casualidades. Volví a la ciudad de México, y desde entonces me radiqué aquí y advertí que ese movimiento estudiantil estaba condenado al fracaso por la “pureza” y la intransigencia de los líderes estudiantiles. Había una pugna entre los estudiantes y el entonces gobernador de Michoacán, Agustín Arriaga. El presidente era Díaz Ordaz. Fue entonces la primera vez que el ejército entró en una universidad, al mando del mismo militar que luego entro en la Universidad Nacional, el general Hernández Toledo. Yo les dije a los líderes: “ustedes tienen que discutir con las autoridades federales una posible solución”. Lo que se pedía era un absurdo, no la renuncia del gobernador sino la desaparición de los tres poderes. Un vacío total de poder que no podía aceptar la Federación. Les dije, “estamos condenados al fracaso”. Nadie me oyó porque lo “políticamente correcto”

en ese momento era eso, la trasgresión total. Y quien se apartara de esa posición era considerado traidor. Y siempre ha sido así, en los momentos más efervescentes de una lucha no hay manera de establecer matices y la gente se ciega. Tú pides sensatez, te acusan de traidor; pides racionalidad, te dicen que no es el momento. En esas circunstancias, me aparté de toda militancia y me dediqué a la investigación teórica y a la docencia.

—*Y en el trabajo creativo con la poesía, ¿qué te propones?*

—Me propongo dos cuestiones; primero, una estructura coherente general, no solamente del verso sino de la totalidad del poema; si no tiene la estructura que le dé sentido a cada uno de los versos, el poema para mí no funciona. Leyendo a Gadamer y a Habermas, a los grandes hermeneutas actuales, advierto que me interesa no el análisis, digamos, sino la síntesis. Paul Ricoeur habla de “exceso de sentido”; en cambio, los analíticos tratan de llegar a la parte final, última, que nunca encontraremos, a la unidad atómica ya no analizable. Y lo que vemos es que la poesía tiene exceso de sentido. Y dice más, incluso, de lo que el poeta quiso decir. Acabo de leer dos textos brevísimos de Wilhelm Dilthey (1833-1911) sobre la hermenéutica, que son preciosos. Dice Dilthey: “hay que comprender al poeta, mejor de lo que él se comprende a sí mismo”.

—*Desde esa perspectiva, ¿la poesía testimonial sería contraproducente...?*

—Es una forma muy superficial de hacer poesía. Claro, muy popular, pero también era popular Juan de Dios Peza (1852-1910) y ahora nadie lo lee; en cambio leemos a Góngora (1561-1627) y a Gorostiza (1901-1973) que son poetas difíciles porque, a la vez, son bellísimos desde el punto de vista poético y son complejos.

### El marxismo en perspectiva

—*¿Cuál es, en tu opinión, la aportación histórica del marxismo?*

—Marx hace una aportación decisiva a la filosofía, en la medida que asimila, cada vez de mejor manera, el método de Hegel. Este método ha sido mal

comprendido. Se cree que pone el acento en lo absoluto y que le interesa llegar a un punto definitivo. Nada más lejos de la verdad. En este sentido, mucha gente ha planteado que, para Hegel, la política y la historia culminan en el Estado, en particular en el Estado prusiano. Es falso. Lo que Hegel plantea como última figura de la filosofía del Derecho es la historia universal, una figura abierta. Y el concepto de lo absoluto lo interpreto a semejanza del concepto de lo concreto, porque para Hegel lo concreto no es, como en la filosofía vulgar, la experiencia unida a aquello que se nos da de manera directa a través de los sentidos: esto que toco, huelo, veo; por el contrario, Hegel dice que lo concreto es resultado, y su método va de lo abstracto a lo concreto. Si esto es cierto, lo que hizo Marx (1818-1883) en *El capital* fue precisamente aplicar ese método: ir de lo abstracto a lo concreto. En el primer libro de *El capital* (1867), lo abstracto es, todavía, la mercancía y el proceso de *producción* El capital y de la plusvalía. El segundo libro trata de la *circulación* de la plusvalía (*El proceso de circulación El capital*, 1885), y el último es en donde se trata la *distribución* de la plusvalía (*El proceso de conjunto de la producción capitalista*, 1895). Entonces, la aportación de Marx –que en apariencia sólo es en el campo de la economía política– tiene para mí una importancia decisiva en todas las ciencias y particularmente en la filosofía.

Para mí, Marx es uno de los grandes pensadores universales de la historia. Ya no lo considero, como un tiempo lo hice, el eje alrededor del cual debiera girar toda interpretación filosófica posible, sino que lo considero un pensador de la misma talla que los grandes pensadores que conocemos a lo largo de la historia, es decir, Platón, Aristóteles, Descartes, Kant, Hegel y él mismo. Y más recientemente, pensadores de la talla de Wittgenstein o Heidegger. Para mí, Marx es un pensador imprescindible. Esto no quiere decir, de modo alguno, que en Marx se encuentre la “solución universal” de los problemas filosóficos y económicos. Hay que pensar con mente propia, abandonar el espíritu de escuela o de iglesia, ser independiente y aternos, como náufragos en el océano, a los criterios propios.

—*Visto en perspectiva histórica y a la luz de las delimitaciones teóricas de la ciencia, ¿cuánto del pensamiento de Marx corresponde a lo que Popper llamó pseudociencia y cuánto es ciencia?*

—Es común que se critique a Marx y a muchos de los marxistas posteriores, más en el sentido de sus predicciones, llamémoslas así, de orden político y



particularmente de orden político-revolucionario, que en cuanto aquello que él estableció en el examen crítico de la sociedad capitalista. Y Popper dice: “Marx predijo las revoluciones en los países desarrollados; Marx predijo el empobrecimiento creciente del proletariado y nada de eso ha ocurrido”. Pero ese es un aspecto político de un Marx que se critica. Y si uno ve *El capital* (*Das Kapital*) en su conjunto, advierte que Marx es un científico de primera magnitud y que sigue el método hegeliano que va de lo abstracto a lo concreto. Y mucha gente dice que todo el primer volumen de *El capital* que se refiere a la producción de la plusvalía, es concreto. Si bien es “concreto”, termina con una concreción y empieza con algo concreto: el examen de la mercancía, en realidad todo el primer volumen resulta abstracto, en el sentido hegeliano, aunque sea más concreto el último capítulo que el primero; donde se examina la contradicción inherente a la mercancía y su doble aspecto –abstracto y concreto–. Todo el primer libro es abstracto. El segundo volumen es la circulación de la plusvalía, o sea, no está completo el examen de la sociedad capitalista si decimos solamente cómo se produce la plusvalía; tenemos que ver cómo circula y circula a través del sistema comercial. Entonces, el segundo volumen se dedica a la circulación de la plusvalía, y el tercer volumen es todavía más concreto porque determina cómo se distribuye la plusvalía. En suma: el primer volumen es la producción; el segundo, la circulación y el tercero, la distribución de la plusvalía.

Advierte uno, entonces, cómo Marx resuelve una paradoja intrínseca a la sociedad capitalista. Vemos cómo Marx sigue las mismas líneas que establecieron los fundadores de la sociedad moderna, Bacon y Descartes, que dijeron que el hombre tenía que convertirse en amo y señor de la naturaleza; por qué, y cuál es el motor del desarrollo social. Para Marx el motor del desarrollo social es, precisamente, el desarrollo de las fuerzas productivas y no hay manera de soslayar el desarrollo de las fuerzas productivas. Y tenemos que aceptar que hoy vivimos bajo el impacto casi angustioso del desarrollo incontenible de las fuerzas productivas. ¿Y qué es lo que genera ese desarrollo de las fuerzas productivas? Genera desplazamiento de la fuerza de trabajo. ¿Y qué ocurre? Al revés de lo que la gente empíricamente piensa (“cada vez las cosas son más caras; cada vez nos cuesta más ganar esto”), Marx dice exactamente lo contrario: cada vez hay más productos; los productos son cada vez más baratos, cada vez la riqueza social aumenta y, por lo tanto, la acumulación de riqueza social se incrementa de manera incontenible.